

dad de una hermenéutica «impura, reflexiva, vital, histórica y abierta al pensamiento científico, que por su nuevo vigor crítico contribuya a ampliar las nociones de experiencia y de razón desde la facticidad de la experiencia y desde la facticidad de las ciencias» (pág. 272), pues uno de los principales resultados de *Ética hermenéutica* es la exigencia de considerar la razón como un «proceso abierto, experiencial e histórico» (*idem*). Alejada por igual del nihilismo y de la epistemología pura, ésta ética se basa así en una comprensión experiencial de la razón, que permite conjugar *lógos* y facticidad así como articular el potencial crítico que, según Conill, le es esencial a la hermenéutica como proyecto filosófico. Entre las características principales de la ética hermenéutica Conill señala las siguientes: 1) transformación experiencial de la razón pura; 2) defensa del humanismo ético hermenéutico; 3) interés en la aplicabilidad, posibilitada por el Juicio reflexionante y la prudencia; 4) incorporación de una dimensión axiológica de la vida que sigue contemplando el punto de vista del valor; 5) reconocimiento del carácter eleuteropático de la ética, al reconocer la importancia de la estética de la libertad.

Con este último libro, Jesús Conill demuestra la madurez de sus reflexiones filosóficas en torno al problema de la ética

y la hermenéutica contemporáneas. Es especialmente loable que el autor haya desarrollado su concepción sobre la base de una activa discusión a la vez respetuosa y polémica con las posiciones filosóficas más relevantes de nuestro tiempo. En este contexto, es especialmente relevante el desarrollo del concepto de razón experiencial por parte del autor, sobre el cual se construye la conciliación entre *lógos* y experiencia que debe presuponer una ética hermenéutica crítica desde la facticidad. No menos digno de reconocimiento es el acercamiento del autor a las aportaciones filosóficas de la tradición. La lectura de la *Crítica del Juicio* de Kant presente en *Ética hermenéutica* no sólo permite extraer importantes elementos del criticismo que pueden ser incorporados de forma fecunda al desarrollo de una dimensión ética de la hermenéutica, sino que logra además este aprovechamiento sin provocar por ello la tergiversación del sentido histórico del criticismo que supuso la interpretación gadameriana de Kant. De hecho, los resultados de un estudio histórico-evolutivo sobre el desarrollo del proyecto estético kantiano corroboran la interpretación de la *Crítica del Juicio* que es defendida por Conill desde sus intereses filosóficos.

Manuel Sánchez Rodríguez  
Universidad de Granada

## LA EVOLUCIÓN INTERNA DEL DOGMA MORAL (Y SUS ENEMIGOS)

ANTONIO VALDECANTOS: *La fábrica del bien*, Madrid, Síntesis, 2008, 388 pp.

Después de *La Moral como anomalía* (Barcelona, Herder, 2007) y, a modo de

continuación de sus tesis, Antonio Valdecantos acaba de publicar *La fábrica del bien*. En él abunda en las múltiples definiciones del bien y del mal, sus limitaciones y sus claroscuros, la ambivalencia de

los conceptos éticos, su posible construcción o invención, y su relación con el mundo.

La Moral y/o la Ética, así como sus cultivadores, según Valdecantos, están de moda gracias a los filósofos morales, que se nos presentan como sucesores de los intelectuales del siglo XX. Como ellos, opinarán con «autoridad moral» de casi cualquier cosa. Sin embargo, sostiene Valdecantos, no está claro que exista esa tradición o canon a la que dicen pertenecer estos nuevos hacedores de Teoría del bien y del mal. El libro que comentamos es, precisamente, un análisis sobre la construcción de dicho canon, un juicio sobre su verdad o falsedad y, sobre todo, un intento de desenmascaramiento de su pretendida inevitabilidad y armonía interna.

El libro está estructurado en tres partes, tituladas *La moral como metonimia* (pp. 22-164), *Ars aestimativa* (pp. 167-270) y *El bien y la fábrica del mundo* (pp. 273-387), respectivamente. No obstante, podría hacerse una distribución diferente, que nosotros vamos a ensayar, a fin de hacer nuestro comentario más inteligible. En efecto, si atendemos al análisis interno que Valdecantos lleva a cabo en este ensayo, podríamos dividir la obra en tres partes cuyo contenido sería, respectivamente, el estudio genético de la moral, su estudio formal y el análisis de sus conceptos más relevantes. De esta forma, *génesis, forma y contenido* serían las divisiones temáticas, en la que, avanzando en el camino abierto por *La moral como anomalía*, no sólo los conceptos éticos son tematizados y entendidos en función de su excepción, sino que la propia Moral y su Historia se explica a partir de sus quiebras.

La primera parte se ocupa, fundamentalmente, de la genealogía de la Moral, en la que la Historia de la moral es analizada desde la metodología de la Historia conceptual y criticada atendiendo

no sólo a lo que esta Historia, en constante construcción y re-construcción, *dice que hace*, sino a lo que *en realidad hace*. Y la conclusión que el autor avanza no deja de ser realmente interesante, aunque incómoda para los teóricos morales. Defiende que la Historia de la moral moderna resulta de un proceso azaroso que, sin embargo, la propia Teoría moral nos presenta como desarrollo interno de ideas pertenecientes a una misma tradición. No sólo eso, sino que, además, esta evolución armoniosa es resultado de una voluntad consciente de sus actores.

Por el contrario, según Valdecantos, la Historia de la moral surge del conflicto y del azar, de movimientos sin sentido fijado de antemano cuyo motor es el enfrentamiento doctrinal e histórico de posiciones y propuestas en competencia. Con sus propias palabras:

«La moral es el resultado de un conjunto de cálculos, despistes, astucias, confusiones y torpezas mezcladas con unas cuantas buenas intenciones y otras tantas villanías. Saber que la acción humana constituye el fruto de semejante desorden es quizá lo más esencial que cabe saber sobre ella» (p. 33).

Podríamos decir, por lo tanto, que la tesis principal de esta primera parte consiste en negar lo que, como analogía con la teología, podríamos definir como *evolución interna del dogma moral*. En la teología católica se ha defendido, en efecto, que los dogmas católicos no evolucionaban por influencias externas o por su contradicción con disciplinas ajenas a la teología (filosóficas, científicas), sino que el cambio se operaba siempre por *necesidad interna* del concepto. El propio Valdecantos no deja de recordar el absurdo de pretender suprimir el conflicto y lo reivindica, precisamente, como un elemento esencial para entender la Historia *real* de la doctrina moral y su desarrollo. Y es que pensar, siempre es *pensar con-*

*tra alguien*, ya que la verdadera condición fundacional de la moral Moderna consiste en «un contrario con el que luchar y con el que repartirse el territorio en momentos de tregua» (p. 48).

Y nadie mejor que Maquiavelo para ilustrar este momento fundacional, puesto que su obra, como dice Valdecantos, supone la ruptura del monopolio de la moral tradicional. Con el florentino se establece un hiato en la propia historia interna de la moral, al enfrentarse, de repente, dos tipos de moral en lo que se suponía era una y sola tradición: la moral pagana, revitalizada por Maquiavelo se enfrentará a la moral cristiana y, con el tiempo, dicha dialéctica se transformaría en la oposición entre Razón de Estado «política» y Razón de Estado cristiana. Será entonces, según el autor, cuando lo importante comience a ser no ya definir una acción como moral o inmoral, sino como *moralmente relevante*, es decir, *lo importante será que pueda ser discutida su condición moral*, su condición de pertenencia a un mismo ámbito de sentido (p. 61).

Avanzando un paso más en la elaboración de la génesis de la Moral Moderna, el libro nos presenta lo que podríamos denominar un segundo —e importantísimo— momento fundacional: la elaboración del concepto de autonomía, entendida como «sistema de deberes no religiosos o jurídicos (aunque a menudo coincidentes con algunos de los unos y de los otros), surgidos del fuero interno (aunque de obligatoria exteriorización y explicitación), incondicionados (aunque con expectativas de reciprocidad), universales y de altruismo desinteresado» (p. 66).

El estudio de la idea de autonomía, al que Valdecantos dedica páginas de enorme interés en su libro (por ejemplo, todo el cap. 7 contiene imprescindibles comentarios sobre la moral humeana y la

kantiana), nos enfrenta a un nuevo problema. La dificultad que dicho análisis presenta, no es ya la de mostrarnos un nuevo *encubrimiento* del conflicto entre diferentes teorías o morales, como en el caso presentado de la doctrina de Maquiavelo, sino el análisis de la elaboración de una *antimimesis* en la que la autonomía de la moral se define en función de la autonomía de su doctrina. O lo que es lo mismo, *creemos* en que la moral es autónoma por la *pretensión* de autonomía de ciertas doctrinas morales, como nos indica Valdecantos.

¿Y de qué modo consigue la doctrina moral, la Teoría, hacer pasar por real aquello que sólo es una invención? ¿Cuáles son sus recursos retóricos? Las páginas dedicadas a los análisis de figuras como la metonimia, tropos, conceptos prepósteros (caps. 8, 9, 11), así como la explicación de dialécticas clásicas como las de lo natural y lo artificial (cap. 12), lo natural y lo excepcional (cap. 13), así como sus reflexiones sobre la experiencia estimativa (caps. 16 y 17), constituyen el análisis de la parte formal de esta peculiar Historia de la Moral Moderna, puesta en entredicho por el autor.

Por su parte, en la última división que hemos realizado, dedicada al contenido u objeto de la Moral, vemos desfilar buen número de tópicos de la disciplina, como, señaladamente, el de la conexión entre virtud y felicidad. Según la tradición, virtud y felicidad han de ir unidas, puesto que ésta es una consecuencia lógica de aquélla. Asimismo, el mundo clásico suponía una adecuación entre el individuo y el orden del mundo, en el que la conducta moral permitía al sujeto el ajuste adecuado con el mundo que le tocaba vivir. No obstante, como nos recuerda Valdecantos, allí donde no hay un mundo bien hecho sistemáticamente ordenado, no tendrán cabida las doctrinas clásicas del supremo bien, como la aristotélica,

agustiniana o del Aquinate, analizadas a lo largo del cap. 19. Allí donde este mundo no existe, el bien buscado:

«Será descomunal e inestimable y no será, sin embargo, un bien supremo porque los demás bienes no están en una relación reglada con él ni en rigor se le parecen. Contrariamente al bien supremo tradicional, el bien descomunal no consiste en ajuste alguno ni lo implica; más bien tiene la forma de la suspensión y del desacoplamiento y es en esa forma en donde radica su condición memorable» (p. 299).

De modo que, como señala el autor, en este caso, como en tantos otros, la realidad no siempre sigue la lógica que nosotros deseamos y la formación del concepto de felicidad resulta, paradójicamente, de una solución de compromiso entre dos escándalos: el que surge de la apariencia de felicidad del malvado y el que resulta de la infelicidad del virtuoso (p. 280). El resultado es que la felicidad moderna consiste en un desvío de la idea clásica del supremo bien y, precisamente por ello, nadie puede esperar de ella que ordene la vida ni el mundo. No sólo porque el orden es imposible sino porque la idea de un mundo bien hecho, un mundo moralizado, no puede ser tomada, actualmente, en serio (p. 317).

Las lúcidas páginas dedicadas por Valdecantos al análisis del pensamiento teológico-político de Walter Benjamin son un buen ejemplo de lo expuesto (cap. 21), puesto que la verdadera felicidad, según el alemán, coincide con la renuncia a perseguir la felicidad mundana, a perseguir una adecuación con el orden del mundo, puesto que ésta es un logro mesiánico en el que el pasado se hiciera diferente de lo que fue. Como dice el autor sobre Benjamin: la felicidad coincide con «dejar de ser lo que uno tenía que ser por estar donde está colocado y por estar hecho de lo que está hecho. Es, por tanto,

un descolocarse respecto del orden de las cosas y respecto del orden interior, dos órdenes con formas de destino» (p. 327).

Ahora bien, Valdecantos nos pide que saquemos las consecuencias: si la felicidad es algo ajeno al mundo, éste tampoco tiene que ver con el bien (p. 332). La diferencia entre la concepción tradicional y la moderna, sin embargo, no es tanta como puede pensarse, a primera vista, puesto que allí donde la metafísica clásica suponía un mundo perfecto ideal con el que comparar el mundo dado, lleno de imperfecciones y, por tanto, de males, la metafísica moderna presupone un orden subjetivo desde el cual medir y entender el mundo. La moral moderna trasladada al interior del yo lo que la tradicional había colocado en lo cielos, en el principio de los tiempos o en la consumación de éstos. Ahora bien, como nos señala el autor, este mundo moral interior no es bueno, sino perfecto, y «una especie que lleva en sus adentros un mundo así está obligada a convertir el mundo exterior en un espejo de esa perfecta interioridad» (p. 345).

La tarea de la moral moderna consistirá, según esto, en hacer coincidir ese mundo mal hecho con el mundo perfecto de la interioridad del sujeto. Pero, en este caso:

«Lo que llamamos bienes son el puridad las excepciones, las anomalías o las rarezas de un mundo que no está bien hecho (...). Los bienes son flores raras de un páramo inhóspito, y para cobrara la figura del bien necesitan destacarse de un fondo descolorido, sucio y mal pintado. El bien es, como ya se ha visto, una anomalía que resulta de la excepción en la ausencia de bienes y dicha ausencia es, por su parte, el resultado de males sobresalientes que no han sido capaces de cancelarse» (p. 389).

Dicho lo cual, hay que decir que, para dar lugar a una doctrina moral, es

decir, para sistematizar un pensamiento sobre el bien y el mal, hay que dar por supuesto que el bien es una excepción y actuar «como sí» pudiera ser generalizable o permanente. De modo que la doctrina moral nos aleja constantemente de la realidad; la historia de la moral moderna está falseada (p. 386). La Teoría, remata el autor, no sólo no nos ayuda a entender el mundo, sino que se construye sobre el recalcitrante esfuerzo de disimular esta falta de comprensión.

La Moral Moderna, por lo tanto, es un continuo esfuerzo por completar la naturaleza que existe y, en este empeño, se aisló del azar y del conflicto. Ahora bien, también aquí, a nuestro modo de ver, se debieran sacar las últimas consecuencias que el libro no menciona: si la disolución del conflicto entre dioses, bienes, valores o juicios, es lo que atañe a la Teoría Moral y lo que, al mismo tiempo, disuelve la

Moral, por contradictoria, en tanto inventada, la Ética y la Política se acercan de modo irremisible. O lo que en analogía a lo que reivindicase Maquiavelo, el conflicto se presenta como la esencia real de la moral, de modo que su desaparición provocará la disolución de la Moral misma. El conflicto, y no la paz perpetua, aparece como una clave del sistema moral. En este análisis, Ética y Política no se describirían como construcciones inevitablemente opuestas, si bien habrá que esperar a los años que siguen para leer la propuesta de dicha relación que nos presente Antonio Valdecantos. Desde aquí le animamos a ello y felicitamos por estar siempre bien dispuesto a motivar y renovar la discusión de los tópicos filosóficos tradicionales.

Marta García-Alonso  
UNED

## UNA TEORÍA DE LA RESPONSABILIDAD A CONTRAPELO

ANTONIO VALDECANTOS: *La moral como anomalía*, Barcelona, Herder, 2007, 308 pp.

Al lector avisado de este singular ensayo de teoría moral del Catedrático de Filosofía de la Universidad Carlos III de Madrid, Antonio Valdecantos, no le extrañará que quien acomete la empresa de reseñarlo asuma el fracaso como algo inexorable y acepte que los improbables aciertos de los que pueda ser acreedor obedezcan más a la mera coincidencia que a la propia voluntad. Alimentan esta expectativa no sólo la mala conciencia por desencajar la obra reseñada de la sólida trilogía sobre la invención de la moral<sup>1</sup> a la que pertenece, sino también el recelo de no hacer justicia a lo que ella

entiende por ejercicio de la *teoría* en este ámbito, a saber, un proceder nada solemne ni pusilánime, sino sorprendentemente modesto y jovial, que revela en sucesivas iluminaciones las *anomalías* y los cimientos inestables del concepto monumental de *responsabilidad*, proverbial «escoba de la limpieza moral» (p. 189) y «caja de resonancia» (p. 306) del entero vocabulario práctico. La voluntad de *La moral como anomalía* de explicitar la con frecuencia desapacible *cara oculta* de lo que llamamos «buen» y «malo» responde a la convicción de que mantener a estos conceptos en fricción con los múltiples aspectos de su connatural *estado de excepción* (p. 180), lejos de disolverlos como exigencia de transformación del presente, enriquecerá la experiencia que